

Cifras y letras

Lorenzo Serrahima*

Estaba muy emocionado; por fin, iba a aprender a sumar. Desde pequeño lo había deseado, siempre contando, aprendiendo a escribir los números uno tras otro y soñando con poder hacer algo más con ellos. Y hoy, el día de su décimo cumpleaños, era el gran día. Su corazón se aceleró al traspasar el umbral del monasterio de su maestro. Fue hasta la sala que usaban para dar clase, se sentó en su silla y esperó a que llegara el padre Sancho, como siempre. Esta vez tardó algo menos que de costumbre.

—Buenos días, Antonio.

—Buenos días, Padre.

—¿Preparado? Vamos allá. Hoy es tu día; hoy aprenderás a sumar. Bueno, por lo menos, aprenderás los primeros pasos de la suma, que es una operación sencilla, pero tiene sus trucos. Veamos; imagina que vas al mercado y compras tres manzanas y cuatro plátanos. ¿Cuántas frutas habrás comprado en total?

«¿Cómo? ¿Así, de golpe? ¿Así es como debo aprender a sumar?», pensó Antonio. Pero apenas fue una duda pasajera; en seguida se le ocurrió el modo de hacerlo. Levantó tres dedos de la mano izquierda, que representaban las tres manzanas; luego levantó cuatro de la derecha, que para él eran hermosos plátanos, y los contó uno tras otro:

—¡Siete! ¡Ya sé sumar! —dijo entusiasmado.

—Bien, veo que tu ingenio habitual funciona; eso es bueno. Pero aún no sabes sumar porque te van a faltar dedos para la siguiente suma: si en lugar de comprar tres manzanas, hubieses comprado cuarenta y una, y en lugar de cuatro plátanos, hubiesen sido catorce, ¿cuántas frutas habrías comprado?

Esta vez se sintió desamparado. Intentó contar mentalmente, pero se hizo un lío y no supo responder. Su maestro

sonreía, viendo cómo luchaba el alumno por llegar a una respuesta razonada. Era lo que más admiraba del muchacho; no intentaba adivinar a ver si tenía suerte, intentaba razonar. Le echó un cabo:

—Bueno, tranquilo, vamos a escribirlo en la pizarra; veamos cómo se hace. ¿Recuerdas cuáles eran los signos necesarios para sumar?

—Sí, los que usted me dijo, Padre: la cruz y el guión.

—Muy bien, escribe primero el cuarenta y uno, después pones el signo de la cruz y, por último, el catorce.

Obediente, Antonio escribió $\text{XLI} + \text{XIV}$.

—Y ahora, pon un guión debajo de cada letra que resta.

—¿Cómo dice? ¿Que resta?

—Sí, que resta. Empieza por el XLI . En realidad, has escrito LI y le has puesto una x delante, que resta a la L , ¿no? Pues debes marcar la x con el guión, así: $\underline{\text{XLI}}$.

Ahora haz lo mismo con el XIV .

—Vale, $\underline{\text{XIV}}$.

—¿Estás seguro?

—¡Ay, no! Será XIV .

—Ahora sí. Por lo tanto, tenemos $\underline{\text{XLI}} + \underline{\text{XIV}}$. Ahora basta con ir tachando cada letra subrayada que encuentres emparejada con otra igual sin subrayar, así: $\underline{\text{XLI}} + \underline{\text{XIV}}$. Lo que te queda sin tachar es el resultado: LV .

Antonio estaba fascinado por aquellos signos escritos en su pizarra: $\text{XLI} + \text{XIV} = \text{LV}$. Era el día más feliz de su vida: había aprendido a sumar. Anotó en su mente la fecha para no olvidarla nunca: era la festividad de San Braulio, el 23 de marzo del 2.º año del reinado de Ramiro I, Rey y Señor de Aragón.

La voz de su maestro le hizo volver a la realidad.

—Prueba ahora con esta suma: $\text{XVII} + \text{XXXIV}$...



* Veterinario traductor médico. Barcelona (España). Dirección para correspondencia: analogia@ya.com